

## ¿QUE ES UNA NACION?

*"Un país no es la simple suma de los individuos que lo componen: es un alma, una conciencia, una persona, un resultado vivo."*

(ERNEST RENAN, 1871).

Esta célebre definición de la nación toma, en estos finales del siglo XX, una inusitada actualidad. ¿Qué es una nación? Esta pregunta se encuentra, con diferentes perspectivas, en la URSS y en RFA, en los EE.UU. y en China, o incluso en España y en Francia.

El marxismo-leninismo parecía haber engendrado una nación de un tipo históricamente nuevo: la URSS, que "simboliza la unidad del pueblo soviético en cuanto Estado y une a todas las naciones y etnias con el fin de edificar en común el comunismo" (artículo 69 de la Constitución de 1977). De esta forma las conquistas de la Rusia zarista y las anexiones de la era estaliniana se convierten, mediante una metamorfosis, en una asociación libre de los pueblos, como primera etapa hacia el Estado socialista universal. Cuando con el experimento Gorbachov rebrotan intactos los antagonismos nacionalistas, la nación soviética se desvanece, dejando en su lugar un conglomerado, un imperio desgarrado.

La división de Alemania, la evolución de este problema recuerda algunas evidencias. Una nación descansa, en definitiva, sobre una comunidad afectiva, alimentada de recuerdos, de referencias, de símbolos, de obligaciones: los alemanes del Este, que huyen de su Estado, van a "su casa" cuando se dirigen hacia la RFA, y esta última (a pesar del desagrado de algunos, perturbados en su comodidad) acoge así a los suyos. Esta realidad nacional ¿qué implica en términos políticos?

Los EE.UU. se han edificado como una nación contractual, simbolizada por el juramento que prestan aquellos que obtienen la ciudadanía americana. Pero ¿qué exige este juramento? Por ejemplo, el uso de la lengua americana. Pero ¿en qué lugar queda el español, que es hoy el segundo idioma más hablado en los EE.UU.?

En China se manifiesta siempre, pero bajo otro ángulo, la tensión entre cultura y política. Si los chinos han sido muy conscientes de estar unidos por su pertenencia a una de las culturas más antiguas del mundo, ¿significa esto que deben estar sometidos a un mismo poder político? Taiwan, después de haber soñado con reconquistar la China continental, apunta hacia un destino propio chino, pero sin embargo independiente de Pekín. En cuanto a Hong Kong, parece temer lo peor en su vuelta al seno patrio para el 1 de julio de 1997.

En España el restablecimiento de la democracia, en 1975, se acompaña de una verdadera negociación del pacto nacional, según el cual el país de Felipe II y de Franco se transforma en una "nación de naciones", ¡la lengua de Don Quijote no es sólo el castellano!

Por fin Francia, que puede considerarse la nación terminada por la obstinación unificadora, centralista de sus reyes y después de la república. Aquí se encuentran fundidas cultura, sociedad y política. Hoy este edificio, construido para resistir los choques de las invasiones, debe vivir entre la apertura y la competencia, dentro de la pluralidad de las identidades; donde el desconcierto y la controversia en torno al "pañuelo islámico" resuena como el signo, más allá del símbolo religioso, de una diferencia o incluso de una provocación socio-política.

En la Europa del siglo XIX se impone la idea de nación, contra el principio monárquico, como fundamento de una nueva legitimidad comprometida no con el príncipe, sino con el pueblo, con su historia y con el derecho que tiene a ser él mismo. En estos últimos años del siglo XX esta idea de nación, con la locura de la descolonización, se ha convertido en un valor planetario. Tan es así que en Oriente Próximo los judíos se han construido una nación para protegerse de las persecuciones; en tanto que los palestinos se han constituido en nación para asegurar su existencia tanto frente al enemigo israelí como ante sus hermanos árabes (que no han dudado en encerrarles en campos e incluso a veces asesinarles en masa). Haciéndose nacional el pertenecer a una tierra, a una región, a una cultura deja de ser un deseo y se transforma en una voluntad.

Al respecto, se mezclan dos concepciones sobre la nación, la francesa y la alemana, siendo muy conocida la oposición que existe entre ellas ("Nuestra política se basa en el derecho de las naciones; la de ustedes es la política de razas...", carta de Ernesto Renan a M. Strauss, 15 de septiembre de 1871). Es verdad que no existe la nación si no hay una conciencia nacional, pero ésta sobrepasa al individuo, envolviendo a éste y a su razón. ¡Cuando un niño nace no elige su nacionalidad! Como lo ha confirmado la descolonización, con las revueltas o las guerras de independencia, la identidad nacional se forja en y por la historia, la elección de los individuos se efectúa en el ciego tumulto de los acontecimientos. En cuanto a la visión de las naciones, definiéndolas por elementos "objetivos" (rasgos étnicos, idioma, situación geográfica...), no podría borrar la evidencia de ser estos rasgos "objetivos" sólo porque los hombres los han definido así (\*); además, estos rasgos son fruto de una historia que no para de remodelarlos. Desde este punto de vista, el término nación ¿tiene verdaderamente el mismo sentido para un francés o para un kurdo; para un ruso o un peruano?

Reflexionar sobre la nación en la Europa del siglo XIX era pensar sobre algo que se estaba inventando, que movilizaba el pasado, la literatura, el folklore, se intentaba acceder a una existencia transhistórica. La Primera Guerra Mundial fue la gran guerra entre estados y naciones, ya fueran democracias o imperios, la inmensa mayoría estaba convencida de luchar o morir a la vez por su patria o por una causa justa. La Segunda Guerra Mundial fue más turbia, pues el entusiasmo y la inocencia de 1914 habían muerto en las trincheras; las opciones ideológicas desfiguraron a las lealtades nacionales. En estos últimos años del siglo XX el tema de la nación lleva a preguntas sobre aquello que ha contribuido a crearla; primero, el estado; luego, un sentimiento de exclusión, y, por último, el individuo.

---

(\*) En 1933 Joseph Goebbels, ministro de propaganda del III Reich, contestó al cineasta Fritz Lang, que le acusaba de tener sangre judía: "Aquí, soy yo quien decide quién es judío y quién no lo es."

## Nación y Estado

Nación y Estado forman una pareja... La primera parece que no alcanzará su madurez, y sobre todo será aceptada, reconocida por los demás, si no llega a convertirse en estado soberano. Quizá ahora más que Europa es el mundo descolonizado el que ilustra esta articulación entre construcción del Estado y la conciencia nacional. Desde 1948 (nacimiento de Israel), y sobre todo desde la Carta Nacional Palestina (1964), los palestinos encarnan esta asociación de reivindicación nacional y petición de un estado.

En cuanto al estado, debe, para perdurar (al menos en la época contemporánea), tener o adquirir un sustrato nacional, esto es, intentar construir una nación si ésta no existiera cuando se proclamó el estado. Este fue, por ejemplo, el problema de la Checoslovaquia de entreguerras. Hoy, esta premisa se da en Europa (Yugoslavia o incluso la URSS), en Africa (con esos estados a los que hace unas decenas de años la descolonización les marcó unas fronteras) en el golfo Pérsico (Irak, Arabia Saudita, los Emiratos).

Sin embargo este lazo entre estado y nación no es ni uniforme ni estable. Tres ejemplos se imponen aquí, relacionados muy de cerca con el equilibrio europeo.

La Yugoslavia de Tito fue construida con un esquema parecido a éste: impedir que la nacionalidad más numerosa (los serbios) pudieran dominar a la federación. Tras la muerte del mariscal (1980), el equilibrio, mantenido con su mano de hierro, se resquebraja. Los serbios sueñan con un destino glorioso; Croacia y Eslovenia no desean compartir la prosperidad que han adquirido y miran hacia la Europa central y Alemania. ¿Se basa la federación yugoslava sobre una nación yugoslava? ¿Podrá sobrevivir el estado si el pacto nacional se disloca?

Evidentemente es en la URSS donde el lazo entre estado y nación alcanza su dimensión más dramática. La experiencia de Gorbachov y sus dificultades han despertado las pasiones nacionales. De forma que, si Moscú no tiende hacia una flexibilización del pacto federal, ciertos componentes de la URSS (por el momento los países Bálticos, también Azerbaiyan y quizá mañana Ucrania o, más tarde, hasta la misma Rusia incluso) reclamarán bien sea una forma de autonomía —es decir, primero el derecho a desarrollar libremente unas relaciones con el mundo exterior y también el derecho a definir su sistema socio-político— o incluso la independencia. Una nación, para existir, se apoya en símbolos concretos (puede ser la bandera, el himno nacional, la lengua...) y la soberanía, muy difícil sin embargo de delimitar, queda como la aspiración normal de una identidad nacional, sobre todo cuando ésta se siente frustrada o violada (en particular los países Bálticos, anexionados por Moscú en 1940).

Alemania proporciona un ejemplo inverso a los dos anteriores. En este caso, hay una nación y dos estados, más la identidad de Berlín. Alemania ha sido objeto de amplios debates sobre el tema: ¿Puede existir una nación sin estado? ¿No ha sido Alemania un estado solo durante un breve período de su historia (1871-1945)? La multitud de intercambios, de interdependencia entre la RFA y la RDA, el que la primera tome a la segunda bajo su cargo en los aspectos económicos y financieros ¿no convierte en superfluo e inútilmente inquietante una nueva unificación de Alemania como estado? En resumen, ¿puede una nación concebirse a la vez culturalmente y estar dissociada política y socialmente? La historia muestra, por un lado, que todas las formas jurídicas y administrativas son válidas, y por otro, que hay siempre un algo más fuerte que los cálculos de los gobiernos en este caso, la necesidad de consagrar, de simbolizar, una unidad prohibida desde hace cuarenta años. Finalmente, importa poco el

calificativo —estado unitario, federación o confederación— ¿No es más importante un símbolo de unidad?

Lo que sugieren estos ejemplos no es que exista entre nación y estado un lazo fatal. Más bien muestran el peso que el estado soberano tiene como referencia. Ahora es cuando comienzan las preguntas: ¿y las reivindicaciones nacionales en el Este implican la fragmentación de los llamados estados plurinacionales? ¿El derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos continuará siendo el principio perturbador de la mayoría de los órdenes europeos, bien se hayan establecido éstos en los Tratados de Viena (1815), Versalles (1919) o el más cercano de 1945? ¿O, por el contrario, es posible concebir nacionalidades coexistiendo, alcanzando su plenitud en el seno de un marco político que le ha sido impuesto, como por ejemplo hoy Cataluña, en la España democrática? ¿En qué se convertirá el estado? ¿En un simple instrumento encargado de regular las actividades colectivas (orden público, competencia entre empresas, medio ambiente...)? Disociándose el estado y la nación, el primero privado de su dimensión místico-política, conservaría las funciones técnicas, un papel de policía en el sentido más restringido del término.

### **Nación y excepcionalidad**

Para existir, una nación debe creerse excepcional, estar persuadida que su identidad es de orden divino o sentirse de alguna forma superior. Pero ninguna nación es excepcional o todas lo son.

Esa búsqueda en el querer ser excepcional se encuentra en el corazón de todo nacionalismo y quizá del patriotismo. En las guerras mundiales, cada uno de los beligerantes, en ambos lados, defiende la civilización o, al menos, su idea de civilización. Esta exigencia de excepcionalidad va más lejos, queriendo trascender en la historia ¡Cuántos estados-nación se han creído concebidos, o al menos justificados, por Dios o por la historia: Gran Bretaña, España, Francia, EE.UU., la Santa Rusia, ahora URSS, Japón...! En cuanto a China, ¿No es también la eternidad consustancial a ella? La Camboya de los Jemeres Rojos, el Irán de Jomeini —desde luego experiencias extremas—, se han creído aparte, representando cada uno una utopía.

¿Subsiste al menos esta excepcionalidad? ¿Puede creerse todavía una nación superior a otra o al menos más ejemplar?

Las intervenciones realizadas por las grandes superpotencias en nombre de su ejemplaridad —EE.UU. en Vietnam, la URSS en Afganistán— se han hundido, el modelo que cada una de ellas aportaba se disolvía en contacto con las realidades nacionales y se vaciaba de su universalidad. Con más amplitud los estados-naciones, y primeramente aquellos que se imbuyeron de su excepcionalidad (de los EE.UU. a la URSS o a China, de Francia a España) se muestran uniformados, igualado por la apertura, el intercambio y la competencia técnico-económica, la "victoria" vendrá no sólo de aquél que acierte con lo que es la actual visión del mundo, sino con aquel que gane esta carrera. Tan es así que el protector americano y su protegido japonés no son más que dos competidores entre sí. En cuanto a la URSS, la ideología marxista-leninista no le pone a salvo de las coacciones que supone la internacionalización económica. Las especificidades, las identidades, no desaparecerán, pero cambiarán su significación; existen, se imponen, pero no son portadoras de ninguna creencia, de ninguna misión, ni de lucha mortal alguna. ¿Qué monumento sagrado de cualquier nación no se ha transformado hoy en lugar turístico y, por consiguiente, desacralizado y accesible a todos?

Las naciones han permanecido largo tiempo calificadas como atemporales: Alemania es siempre laboriosa y disciplinada; Francia, revolucionaria y conservadora; Rusia, prisionera de los siglos de servidumbre y pasividad... En estas imágenes no se piensa ya, y nunca han sido realidad. Como lo recuerda los ejemplos de la URSS y de la China actual, las sociedades nacionales han llegado a ser más transparentes, no pudiendo impedir que sus conflictos sean transmitidos por las cámaras de televisión (cosa que, por otro lado, no prohíbe la represión ni coacciona a los gobiernos para que se justifiquen cara al exterior). La nación no aparece como una entidad, como un bloque, sino como el lugar donde se da una problemática colectiva, relacionada con la geografía, con la población, con la historia, con las circunstancias. En estos últimos años del siglo XX, ¿Puede ser que la experiencia más grande del imperio del centro resida en el penoso aprendizaje, humillante del peso de las miradas extranjeras, es decir, de los bárbaros?

### **Nación e individuo**

Por un lado, el mundo descolonizado se ha construido sobre el estado-nación, pero parece que no pudiera ir más que hasta el final de la lógica de las pasiones nacionales que asolaron Europa. Quizá porque la guerra, que separaba a las naciones en la Europa del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, no ha llegado a ser más que excepcional en el cumplimiento de esta función en el Tercer Mundo (por ejemplo, la terrible guerra Irán-Irak se terminó sin un claro vencedor).

Por otro lado, en Europa —al menos en el Oeste— los estados creen haber alcanzado la madurez; no se trata de destruirse entre sí, sino de trabajar en unión; no se trata de afirmar, ni de dulcificar su identidad (en el colegio, en el ejército) y sí de organizar la pluralidad. La nación ya no es la expresión de una fe o de una frustración, es el lazo entre hombres y mujeres nacidos en un mismo territorio y que tienen la misma historia. Una nación sería entonces menos "un alma, una conciencia" que un contrato flexible, evolutivo, funcional, no exigiendo más que al sacrificio supremo, pero permitiendo el ejercicio de los derechos y deberes razonables.

En el Este la conciencia nacional no se disocia de un rechazo: en la URSS, protesta por parte de los no rusos, contra el poder de Moscú (y, por consiguiente, protesta de los rusos por tener que seguir estando unidos a las otras nacionalidades); en Rumanía, rechazo por parte de la minoría húngara de la "rumanización" deseada por Ceausescu (en la época del "reinado" de este último).

El sentimiento nacional es la cristalización de uno de los deseos dominantes en nuestra época, el de ser uno mismo, de marcar una diferencia. La identidad nacional proporciona uno de los soportes de esta voluntad de libertad y de diferenciación. La nación ya no es una referencia absoluta, sino un medio de ser. El sentido del deber deja paso a un compromiso más condicional: en esencia, la patria leal es aquella que garantiza el derecho a alcanzar la plenitud y la felicidad.

En el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX los estados-naciones se han hecho según la tradición, el culto a los muertos, el recuerdo de las victorias o de las derrotas. ¿Qué queda de todo esto hoy? ¿Se sumergen las naciones hoy en su pasado (como Francia celebrando el 1789) porque tienen la sensación que se les escapa y que pierde toda su significación actual? Una civilización, cuyo motivo y valor últimos son el individuo, su derecho a "llegar a ser lo que es". ¿No está llamada a abolir a las naciones?; o es más, ¿La identidad nacional

no tiende a ser una identidad entre otras, el individuo en nombre de su libertad, buscando el realizarse en varias identidades (ligadas a la religión, empresa dinero)?

En el siglo XIX, al menos en Europa, la historia y la nación subsisten en Dios o le ponían a su servicio. En este final del siglo XX numerosas reacciones nacionales o nacionalistas aparecen primeramente como reflejos de defensa ante lo que puede percibirse como la mayor amenaza: la modernidad, es decir, la occidentalización del planeta. Por su carácter extremo, el nacionalismo jomeinista simboliza esta tentativa (¿Desesperada?) para borrar la época del Sha, la americanización y volver a una identidad islámica e iraní quizá mística. El caso de los países Bálticos confirma con claridad que no existe diferencia entre sí, pero sí una dialéctica sin final entre la voluntad de distinción y voluntad de pertenencia: aquí rechazo de la rusificación en nombre de la participación en el mundo báltico.

Otras naciones, entre las cuales Japón se impone como una bisagra entre Asia y Occidente, la modernización (es decir, la técnica, la sociedad de la abundancia, el individualismo) es un camino de paso obligado ¿A través de esta revolución el Japón ha llegado a ser una sociedad occidental, parecida a los EE.UU. o a Francia, o llegará a ser esa específica incomunicabilidad, la "japoneidad", en la cual tiene su alma y su esencia?

Hoy esta pregunta se impone a toda nación: ¿Qué significa diferencia? ¿La herencia del pasado se expresa aún en los hábitos, las preferencias que los publicitarios pretenden determinar y que saben bien lo que no se vende de la misma manera en Francia o en Alemania o en los EE.UU. o en el Japón? ¿O esta diferencia puede renovarse, en un mundo unificado, a pesar de todos los datos técnicos-económicos?